

Así éramos en el Novecientos -Especial para EL PAÍS -

Se apagó recientemente la existencia de una de las mujeres uruguayas que con más dignidad y jerarquía han cultivado las bellas letras. Nos referimos a Josefina Lerena Acevedo de Blixen, acaso la primera ensayista nacional.

Es posible que su obra, signada por caracteres de indudable originalidad, no haya alcanzado aún la difusión que a veces logran la fruslería y el adocenamiento. Y no resulta aventurado suponer que ello obedezca a la propia modalidad de la autora, que tuvo la modestia del talento y el talento de la modestia.

Aprendimos a valorar la calidad literaria de la Señora Lerena Acevedo de Blixen a través de las páginas de "Reyles", un estudio exhaustivo sobre el ilustre escritor uruguayo. Singularizan a este ensayo los rasgos definitorios de una exégesis ejemplar: el rigor del análisis, el acierto de los subrayados, la ecuanimidad de los juicios y el ágil corolario de las conclusiones.

Pero nuestro designio no apunta a un recuento de su producción crítica, en la que cabe señalar "A media voz", "Entre líneas" y "Varela, el reformador". Deseamos encarecer algunos aspectos de su libro póstumo, titulado "Novecientos", compuesto por una serie de estampas del Montevideo de principios de siglo.

Leyendo esa evocación de la vieja capital asistimos a un desfile de seres y de cosas en cuya esencia hunde sus raíces la sociedad que integramos. La pintura de las escenas y el retrato de los personajes aparecen presididos por una gracia finísima, envuelta a menudo en una suave melancolía. He aquí unas y otras: las plazas apacibles; las playas apenas aprovechadas; los señores "de horribles bigotes", las damas "opulentas", "rosadas y blancas, como réplicas de las figuras de Rubens"; los encuentros cordiales en las calles; los tranvías de caballos, que solían detenerse frente a la misma casa de los pasajeros; los "dulces carnavales"; la devoción de las Semanas Santas; las arcádicas quintas suburbanas, la costumbre casi ritual de las visitas, los "comerciantes caballeros", los cenáculos, los salones literarios, las temporadas teatrales y las insólitas reivindicaciones feministas.

Del siguiente modo, con gráfico donaire, está rescatado del olvido un capítulo del progreso coetáneo: "... su conductor empezaba a dar vueltas a una manija para que se calentara el motor. La preparación era larga. El automóvil comenzaba a saltar como un caballo que se encabritara. De pronto, su conductor, seguro ya de haber llegado al momento de poner en movimiento la máquina, subía precipitadamente a su asiento. Pero casi siempre debía bajar y empezar de nuevo sus preparativos. Al fin el auto iniciaba la marcha, casi aplaudido por el público".

Las rememoraciones de la señora Josefina Lerena Acevedo de Blixen, en las que nos presenta “una época aldeana y familiar, pero de gente que se entendía y se ayudaba”, han dulcificado también el rostro de Esfinge de la Historia con el encanto de la poesía. Participan, indudablemente, del testimonio y del canto. Trascienden de ellas la sugestión y el perfume de los relicarios.

Adolfo Rodríguez Mallarini.